

¡Abajo Babilonia!

¡ Abajo Babilonia! Eso era lo que, según el diario español El País, decía una pancarta cargada por una joven en el centro de Seattle la semana que termina. ¡Abajo Babilonia! Quizás para expresar el rechazo a ese monstruo tenebroso y aparentemente anónimo que insiste en conducir la actual globalización de acuerdo con los intereses de un puñado de transnacionales.

La reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que tiene como eje la negociación de las reglas de apertura comercial en el planeta, ha servido para que este mundo globalizado sepa cuánta oposición existe a que sean los ricos y los países ricos los que dicten los términos de la integración mundial. Porque finalmente la noticia han sido las manifestaciones de rechazo, y no tanto la reunión misma, a tal punto que el propio presidente Clinton ha debido hacer de la protesta el tema de su discurso.

Nadie en su sano juicio puede oponerse, ya casi en el siglo XXI, a la libertad de comercio. El problema no es ése. De lo que se trata es de cómo se va a producir esa libertad de comercio. Para beneficiar a quién y en qué términos. Porque lo que vemos hasta ahora es que cuando alguien nos habla de libertad de comercio es para que se beneficien los más poderosos y para que los de-

más perdamos lo poco que tenemos.

En un primer momento se han querido presentar a las protestas como algo pintoresco, que tenían que ver más con absurdos intereses locales, e incluso se han buscado oponer las demandas de unos con las de otros para así desacreditar a quienes buscaban hacer oír su voz. Pero en la propia movilización los distintos grupos han coincidido de manera admirable. Los agricultores europeos, por ejemplo, se han dado cuenta de que sus enemigos no son los agricultores latinoamericanos o asiáticos, sino las grandes empresas que usan la ingeniería genética para producir semillas en laboratorio y llenarse los bolsillos de plata, arruinando de paso los campos en uno y otro lugar. Igual ha sucedido con los sindicatos obreros del norte y del sur, que finalmente se dan cuenta de que defender sus puestos de trabajo en un lugar y oponerse a la explotación infantil en todas partes es una y la misma cosa.

Esta coincidencia de intereses que permite articular la oposición, por enésima vez, en los últimos doscientos años, de los trabajadores contra el gran capital se constituye en el eje de la protesta ciudadana para definir el curso de un proceso que va a marcar la vida de los habitantes de este planeta, seguramente más allá de todo el próximo siglo. Podemos decir además que por sus características esta protesta se

PASANDO
REVISTA



Escribe
NICOLÁS LYNCH

convierte en una formidable lucha anticapitalista, en un momento en que se consideraba sepultado cualquier tipo de lucha que se enfrentara a la racionalidad de la ganancia empresarial.

Los debates en la OMC ya no podrán seguir respondiendo únicamente a los distintos intereses transnacionales, tendrán necesariamente que integrar las agendas laborales, ambientales, agrícolas, de género y democráticas en general. Si no lo hacen, allí sí se pondría en peligro el proceso global de apertura comercial y las transnacionales terminarían mordeándose la cola.

El problema seguramente será cómo integrar en el debate a las organizaciones de trabajadores y ciudadanos, cuando los únicos que han participado hasta el momento han sido los gobiernos y las grandes multinacionales. ¿Podrá darse esta integración en el seno de la OMC? ¿Será necesario un marco ad hoc para un debate que trasciende el tema de las libertades comerciales y toca también otras libertades democráticas?

En Seattle definitivamente ya se politizó el debate, y para bien. Ojalá que esto permita empezar a cambiar el curso de la globalización en beneficio de la gente común y corriente.